que no era nada, y que todo lo iba á recibir del sacerdocio. Ya en el templo, vestíanle el *xicolli*, y le ponían á incensar al ídolo: bajábanlo despues al *Tlacochcalco* á que ayunara é hiciese penitencia cuatro dias en union de los sacerdotes. Ungido el rey, decíanle: "vos sois la imágen de nuestro dios, y en quien él habla, y con cuyas orejas él oye." Así el rey no era más que el instrumento de la divinidad, cuyos intérpretes eran los sacerdotes, y á pesar de la eleccion de los guerreros y de los ancianos, de los sacerdotes dependía la consagracion; y de esta manera, cuando perdieron el poder real, se apoderaron del rey y de su poder.

Despues del rey, lo más importante en la sociedad era la juventud dueña del porvenir. Organizáronse entónces los colegios de los templos. Dos colegios había para hombres y dos para mujeres. Cuidábanse ante todo de hacer sacerdotes y sacerdotisas, que se criaban en el *Calmecac*. Todos los hijos de los nobles y de los guerreros se educaban, si eran varones en el *Telpuchcalli*, si eran hembras en el *Telpuchpan*. Estos colegios se encontraban dentro del templo. En el *Calmecac* se educaban los mancebos que ayudaban á los sacerdotes en las ceremonias del culto, generalmente de edad de diez y ocho á veinte años: criábanse en penitencia y sujetos á todas las penalidades para acostumbrarse á ser fuertes y sufridos: de allí salían, segun las palabras de Sahagun, "los señores, los senadores y gente noble, los que poseen los estrados y sillas de la república, y los que están en los oficios militares que tienen poder de matar y derramar sangre." El templo era la fuente de todo poder público, y los sacerdotes tenían la llave de esa fuente. Y para ejercer mejor su influencia, quitaban de raíz la de la familia; y el mismo padre al llevar á su hijo le decía: "ni digas vive mi padre y mi madre, en mi casa hay riqueza, ni te acuerdes de ninguna de estas cosas." A su vez las hijas de los nobles y de los señores se educaban en el templo, en donde aprendían á cantar y á danzar, ó vivían en penitencia, hasta que salían de allí para casarse. Aquellos jóvenes, con los cabellos cortados de manera simbólica, y aquellas niñas vestidas siempre de blanco, como traje de pureza con que se atavía la hermosura, eran todo el porvenir de la sociedad, y ese porvenir estaba en manos de los sacerdotes.

Y eran ellos depositarios de las tradiciones y de los archivos; ellos comprendían los geroglíficos y explicaban los hechos históricos; y dueños eran de los agüeros, que formaban parte muy esencial de las supersticiosas creencias de los mexicanos.

Y no se olvidaron de apoderarse del hombre desde su nacimiento hasta su muerte: toda la vida les pertenecía; solamente el sepulcro podía arrebatarles su presa.

Tan luégo como nacía un niño, llamaban los padres al *tonalpouhqui*, que explicaba los agüeros y el destino futuro del recien-nacido. Valíase para esto del calendario religioso de que ántes he hablado, llamado *Tonalámatl*, que quiere decir papel ó libro de los dias. Divídese el *Tonalámatl* en veinte hojas, que cada una contiene un periodo de trece dias, y todas reunidas los 260 del año sagrado. Los veinte dias del mes corren por ellas sucesivamente trece veces. En cada hoja los dias van numerados del 1 al 13, y de esta manera no se repite en todo el año un mismo dia con igual numeracion. La cuarta parte superior izquierda de la hoja, la ocupa la divinidad principal que domina en la trecena. La parte inferior los dias, dando vuelta en escuadra sobre la derecha. Sobre esta escuadra están en una segunda, los *señores acompañados de la noche*, que son nueve y se van repitiendo: estos no hacen ciclo sino hasta los 360 dias en el año solar. Hay en fin una tercera escuadra superpuesta, en que están pintados los agüeros: su interpretacion no era conocida más que de los sacerdotes, y consistía en una complicadísima combinacion del signo, el acompañado y el dia del nacimiento, sin olvidar ni la hora del suceso. Como la buena ó mala fortuna del niño tan sólo de los agoreros dependía, pues misterios eran éstos que al pueblo le estaban vedados, temor y respeto infundían en las familias los sacerdotes. Y éstos, por cierto que de esta ceremonia como de todas las del culto, sacaban provecho material; pues al *tonalpouhqui* "le daban á comer y de beber, y algunas mantas y muchas cosas, como gallinas, y una carga de comida."

El *tonalpouhqui* señalaba el dia del bautizo, que era á los cuatro dias si había tocado al niño un signo favorable; y si le tocó adverso, hasta que llegase otro signo que fuese benéfico. En el bautismo, que era de inmersion y dando de beber agua al niño, dábanle una pequeña rodela y cuatro flechas para que fuese soldado valeroso de su dios, y le deseaban como bien supremo que muriese en la guerra. Así desde el nacer, se consagraba la vida de los mexicanos toda á la gloria y á la grandeza de su dios. Parece que existía tambien la ceremonia de la circuncision, aunque Mendieta la refiere solamente á los totonacas. Al niño se le imponía el nombre del dia en que nacia, ó el de algun suceso notable que con su nacimiento hubiese coincidido. Y tenían ya en él los sacerdotes un nuevo soldado de su dios.

Ya hemos visto que despues se educaban en el templo, y que del templo salían mancebos y doncellas para casarse. Para casarse tenían que ocurrir tambien á los sacerdotes agoreros á fin de que examinasen los signos en que habían nacido, para ver si conformaban y prometían felicidad á los futuros esposos. Despues las *titizi*, segun Sahagun, ó los sacerdo-

tes, segun el códice Ramírez, llegado el dia del matrimonio, ataban una punta del *áyatl* del mancebo á otra punta del *huipilli* de la moza, y quedaban casados. Pero la intervencion sacerdotal se marcaba más despues de la ceremonia: los recien-casados se separaban á hacer oracion y penitencia por cuatro dias, y no se unían hasta que los sacerdotes los llevaban al aposento al efecto preparado por ellos, el cual adornaban siguiendo costumbres supersticiosas y absurdas, como era el poner en la cama, ya una piedra *chalchíhuitl*, ya un pedazo de piel de tigre. Los desposados en muestra de agradecimiento, iban al dia siguiente al templo á hacer ofrenda de los muebles y mantas de la cámara nupcial.

Intervinieron tambien los sacerdotes en las ceremonias fúnebres: y aquí nos corresponde ya hacer la explicacion de las láminas 13 y 14 del Apéndice.

Naturalmente las ceremonias fúnebres correspondían á las ideas que tenían los mexicanos de lo que pasaba á los hombres despues de su muerte. Nos ha conservado estas creencias una pintura geroglífica, que en la coleccion de Lord Kingsborough, es la lámina 2ª del códice Vaticano. Ellas dieron orígen á que los sacerdotes, tan luégo como llegaban á la casa mortuoria, y ántes de hacer otra cosa, amortajaban con papeles cortados de manera simbólica al difunto, y le ponían al lado el agua y la comida que debían servirle en su viaje. Ponían encima otros papeles para que conjurara los peligros del camino, y mataban un perro que debía acompañarlo á salvar el primer obstáculo. Era éste un profundo rio llamado *Chiconahuapan*, nueve aguas, ó *Apanuiya*, paso difícil de las aguas, que atravesaba montado en el perro. Pasaba despues el muerto entre dos montañas que continuamente están chocando la una contra la otra: á este lugar le llamaban *Tepetlmonanamictía;* y se pinta en el geroglífico al hombre desnudo que por ellas atraviesa. El tercer paso era el *Itztepetl* ó montaña cortante, que desnudo tambien debía atravesar. Seguía despues el *Itzecayo*, lugar en que reinaban torbellinos de nieve. Era el quinto el *Itzquiauhco*, lugar en que caían navajas de pedernal. El sexto paso era el *Temininaloya*, en que se representa al hombre desnudo recibiendo una lluvia de flechas. El sétimo era el *Tecuanicualoya*, en que un tigre le mordía el corazon. El octavo era un lago de agua sucia y oscura en que pretendía devorarlo un mónstruo, á manera de culebra ó lagarto, segun Torquemada, y que se llamaba *Xochitonal:* el lugar tenía por nombre *Izmictlanapochcalocan*, que el Sr. Mendoza traduce el *Lugar de los muertos*, en que hay agua y humos. Y como los muertos hacían desnudos este viaje, por esto era sin duda el quemar sus ropas, aderezos y armas.

La lámina 13, figura 20, nos representa al muerto ya amortajado y adornado por los sacerdotes de los papeles de que se ha hablado: rodeado

está de sus amigos y conocidos que, segun el códice Ramírez, le traen presentes y le saludan como si estuviera vivo. El hombre que está á la izquierda, en la parte superior, le trae una manta, y le habla, pues de sus labios sale el símbolo de la palabra. La mujer que está á la derecha, le presenta los alimentos necesarios para el viaje, y al hablarle, como sér más débil, derrama lágrimas. En la parte inferior los hombres y las mujeres de la familia lloran ante la diosa *Miquiztli*. Debe ser noble el muerto, puesto que se ve á su lado un estandarte, y segun Torquemada, llevaban los nobles un pendon de papel.

Cuando los muertos eran personajes importantes, las ceremonias eran naturalmente más complicadas. Cantábanles los sacerdotes oficios funerales; había banquetes, y se daban ropas á todos los que al entierro acudían; mataban al sacerdote del señor y á sus servidores y enanos, y á todos los de su casa, para que lo acompañasen y sirviesen en el otro mundo; y porque allá no tuviese pobreza, enterraban con él sus ricas mantas, sus joyas, su oro y su plata. Esto es lo que representa la lámina 14, figura 21. Está el muerto amortajado en riquísima tela y adornado del *tlalpolloni*, de plumas verdes de quetzal; rodéanlo de lujosas mantas con plumas y piedras; allí están sus collares de discos de oro y de preciosas esmeraldas; así como sus vasos tambien de oro, y la piel de tigre con que se cubría para ir á la guerra.

La ceremonia religiosa comenzaba sacando como en procesion al muerto. Acompañábanle sus mujeres, parientes y amigos, todos llorando. Los sacerdotes iban entonando tristísimos cantares, sin *huéhuetl* ni *teponaxtli*. Recibíalos á la puerta del templo el gran sacerdote; y al pié de las gradas del *teocalli* quemaban el cadáver, aromatizando las llamas con *copalli*. Miéntras ardía el fuego, se sacrificaba á los que en el otro mundo debían acompañar á su señor. Repetíanse las ceremonias dentro de los ochenta dias siguientes, y despues de año en año hasta el cuarto.

De las ceremonias de los funerales de los guerreros muertos en el campo de batalla, estaban encargados los sacerdotes llamados *quauhuehuetque*. A éstos les daban las viudas numerosos *maxtli* y *áyatl*. Pasaban las viudas llorando ochenta dias sin peinarse, lavarse ni vestirse. El último dia del luto iban otros sacerdotes á rasparles la suciedad del rostro, la cual llevaban al templo para arrojarla en el *yahualiucan*. A estos tambien les daban las viudas *maxtli* y *áyatl*.

Así el sacerdocio estaba apoderado en realidad de la vida pública, de la vida civil y hasta de la vida familiar de los mexicanos. ¿Qué mucho que éstos, educados en groseras preocupaciones y en absurdo fanatismo, ya ni comprendiesen el primer sentido de la religion nahoa? Convertida

la religion en un cúmulo de preocupaciones, el culto en una serie de ceremonias absurdas, y subyugada la conciencia á horóscopos y agüeros que no comprendía; en vano veían los mexicanos en todos los dioses, en todos los símbolos y áun en los signos de los dias, el carácter figurativo de la estrella que recordaba los astros y constelaciones del cielo, cuando el firmamento era el gran templo de la raza primitiva. ¿Qué más, si hasta los cielos que habían poblado ántes de luz y de astros se convirtieron en mansiones vacías? Perdióse del primer cielo la *citlalli*. El segundo ya no fué el paraíso *tlalócan*, sino un lugar de espanto habitado por las *tzitzimine* que amedrentaban á los hombres. El tercero ya no era el del sol, sino el de los 400 hombres de cinco colores. El cuarto se dió á las aves. Dejaron á los cometas en el quinto, porque eran mensajeros de espanto y de desgracias. El cielo de la noche tranquila cubrióse de vientos tempestuosos, y el del esplendoroso día de huracanes de polvo. En el octavo se juntaron sus dioses degenerados; y de allí arriba, ya no alcanzaban las mansiones de los primeros dioses, ni sabían qué había en ellos. Al cielo del *Tonacatecuhtli* ya nadie llegaba.

La perfeccion religiosa consiste en la unidad del dios: miéntras más degenera la religion, más se multiplican los dioses. En la creencia primitiva el número era muy limitado, y el dios creador, el *Ometecuhtli*, sobresalía de todos. Los mexicanos tenían ya innumerables deidades; la sal se convertía en diosa para los mercaderes; los vicios tenían sus ídolos, y había dios de la embriaguez y diosa de la prostitucion: una piedra, un reptil, en divinidades se convertían: y de aquí ese sinnúmero de amuletos, de idolillos y de talismanes. La divinidad se había subdividido hasta el infinito: el sacerdocio sustituyó á la divinidad.

Fué natural que los templos aumentaran. Llenáronse de ellos las ciudades, los caminos, los montes. Lógico era que el sacerdocio aumentase en proporcion de los dioses y de los templos; y así sucedió. Cada dios tenía sus sacerdotes especiales; cada templo su colegio sacerdotal. Y fueron tantos, que Torquemada cuenta que en el templo mayor de México, entre sacerdotes y sirvientes de los dioses, no había ménos de cinco mil. Entónces debió llegar á su apogeo la organizacion del sacerdocio.

Había un sumo sacerdote con poder superior sobre todo el sacerdocio, y tenía por nombre de su dignidad *Teotecuhtli*. El título de *tecuhtli* lo usaban los reyes: cuando la famosa alianza de los tres reinos de Tlacópan, México y Texcuco, tomó el señor del primero el título de *Tepanecatecuhtli*, señor de los tepaneca; el de Texcuco tomó el nombre de *Acolhuatecuhtli*, señor de los acolhua chichimeca; y el de México el de *Colhuatecuhtli*, por descender los mexicanos de los colhua tolteca. Eran los reyes, segun sus títulos, los señores de sus súbditos. El gran sacerdote tomó por título *Teotecuhtli*, el señor del dios. No solamente tomó para sí el mismo dictado de los reyes, sino que se llamó el señor del dios, publicando así su supremacía; pues los reyes no eran más que señores de hombres sujetos como siervos á la divinidad.

Los sacerdotes se llamaban *teopixque* ó guardas de dios: untábanse en el rostro y en todo el cuerpo un betun de *ulli*, negro y reluciente; usaban túnicas de algodon de rayas blancas y negras, y se dejaban crecer el cabello que más abajo de la cintura les llegaba. El sumo sacerdote distinguíase por una borla que sobre el pecho le colgaba. Tenían los *teopixque* por jefe al *hueiteopixqui*, que era como el segundo del *Teotecuhtli*. Recibían los sacerdotes sus dignidades por eleccion; pero los grandes cargos recaían en los de familias nobles, y para sumo sacerdote se buscaba un miembro de la familia real. Así fué *Teotecuhtli* Motecuhzoma II. En los varios grados de la jerarquía había innumerables títulos. El *tlaquimiloltecuhtli* estaba encargado de la hacienda del templo; el *tlillancálcatl* custodiaba sus riquezas y ornamentos, y mandaba á los *teotlamacazque* ó mozos del templo; el *tlapixcátzin* dirigía los cantos sagrados, y tenía por segundo al *tzapotlateohuátzin*. El *tlamacazcateotl* era el depositario de los archivos geroglíficos, explicaba su significado, dirigía los colegios del templo, y estaba sujeto, así como los colegios y monasterios, á la gran dignidad del *Mexicateohuátzin*.

Este nombre y las atribuciones del sacerdote que lo llevaba, merecen que en ello pongamos alguna atencion. La terminacion *tzin* era reverencial y se daba á los nobles y señores; pero nunca significaba tanto como la voz *tecuhtli*, rey ó señor: era mucho ménos. Estaba pues este sacerdote distante de la altura del *Teotecuhtli;* pero su dignidad debía ser de grande importancia, pues su título sacerdotal es el único que encontramos con la terminacion reverencial *tzin*. Siguiendo en la interpretacion etimológica de su nombre, encontramos que se compone de *mexicatl*, que quiere decir mexicano, de *teotl* que significa dios, y de la partícula *hua* que se usa para significar propiedad ó posesion: así es que el nombre compuesto conforme á las reglas gramaticales, se traduce: el señor dueño de los dioses de los mexicanos. Se ve, pues, que era altísimo en la jerarquía; pero áun bajo el aspecto en que lo hemos examinado, se comprende que era inferior al sumo sacerdote *Teotecuhtli:* éste era el señor del dios, y era señor como rey, y así superior á los reyes mismos: aquel no era señor como rey sino como noble, y depositario tan sólo de los dioses de México. Pero sus funciones eran de altísima importancia para la supremacía del sacerdocio. Si el *tlamacazcateotl* tenía en sus manos la his-